

Desamortización de bienes eclesiásticos, entrando por completo al dominio de la Nación.

Clausura de conventos de varones y extinción parcial de los de monjas.

El contrato civil para el matrimonio y el registro para los nacimientos y defunciones, con la derogación de las obvenciones parroquiales.

Secularización de los cementerios.

Y finalmente, cesación de relaciones diplomáticas con el Vaticano, una vez que ya no podían volver á tener objeto.

Todo esto como era natural, y más en aquellas circunstancias, produjo una sensación inmensa entre los clericales; ni un terremoto, ni una lluvia de rayos y de bombas, ni un cataclismo hubiera podido producir más grande polvareda: se levantó un chubasco de cartas pastorales, de protestas y de excomuniones, y hasta á las señoras más encopetadas se las hizo salir á bailar en manifestaciones iracundas y ortodoxas; pero en cambio el pueblo, el verdadero pueblo, la gran mayoría de los ciudadanos, los gremios inteligentes, aplaudieron el paso atrevido del gobierno, considerándolo necesario y oportuno y nadie se atrevió á poner en duda que los hombres de Veracruz no tuvieran facultades para legislar sobre tan importantes materias, quedando sus disposiciones grabadas para siempre con letras de bronce en el porvenir político de México.

Desde ese momento el grito de los liberales de todo el país, ya no fué solamente ¡viva la Constitución de 57! sino el más enérgico aún, de ¡viva la Reforma!



CAPITULO XXXVI.

¡Suya ó de nadie!

EL pueblo de Santa Ana Acatlán, situado en el camino de Guadalajara á Colima y Zapotlán, había tenido que sufrir mucho, como sufrieron las poblaciones del Sur de Jalisco, y más aún que aquellas, con las entradas y salidas de los contendientes, siendo el teatro de una multitud de luchas y de un sin fin de acontecimientos notables. Era la piedra de toque entre todos aquellos lugares, y más que la piedra de toque, el yunque en que iban á dar de martillazos todos los cíclopes de la revolución.

Los varones, casi todos, unos por la fuerza y otros por su voluntad, habían ido á engrosar las filas de los liberales y los conservadores, de modo que no quedaban allí más que las mujeres, siendo muy contados los hombres, entre los que figuraban: el cura, el barbero, el médico, el licenciado, los dependientes de las tiendas, los viejos,

los muchachos de quince años, así como algunos tímidos que se fingían enfermos para no militar ni en el uno ni en el otro bando de los dos que estaban haciéndose pedazos materialmente.

Cuando no había tropas en Santa Ana Acatlán, las calles presentaban un aspecto siniestro, tan solas, tan llenas las casas de las huellas del combate, tan sucias las banquetas, y tan calladas hasta las campanas de la iglesia que antes causaban fastidio de tan sonadoras y tan alegres.

Era un domingo después de la misa en que juntos se habían ido para la casa de Refugio que estaba nada más allí á la vuelta de la parroquia, don Simón Espinosa y su familia, el licenciado Quiñones y la suya, escoltados por el boticario y el maestro de escuelas. El cielo estaba cubierto de nubarrones y el frío era intenso en aquella mañana, como una excepción al estado normal de la temperatura, así es que todos entraron muy de prisa y casi se acurrucaron en los asientos, habiendo antes Refugio cerrado las ventanas para que los circunstantes estuvieran más abrigados.

—Ya estamos en familia y podemos platicar, dijo don Simón.

—Ahora estamos en familia en cualquiera parte, contestó el maestro de escuelas, siendo tan contados los que nos hemos quedado en el pueblo. Hasta los muchachos parece que se han ido á la revolución.

—Si no se han ido no es por falta de ganas, afirmó Quiñones, pues todas las tardes tocan cornetas, marchan como soldados y practican la guerra á pedradas en donde quiera que se encuentran los beligerantes.

Se siguió hablando de la manera bizarra cómo los chicos imitaban á los grandes en sus porfiadas luchas, quedando interrumpida la conversación con la llegada del señor cura, que dijo después de saludar y sentarse:

—¿Ya saben ustedes que llegó Miramón á Guadalajara?

—¡Dios nos ampare! exclamó doña Juana la madre de Refugio, quiere decir que vendrán las tropas y tendremos las molestias consiguientes.

—Ya Ogazón y los suyos estuvieron aquí tanto tiempo, dijo el boticario, justo es que vengan los otros para variar.

—Ya hemos variado mucho, observó el abogado, y casi se puede decir que en dos años es la primera vez que no tenemos tropas en Santa Ana.

—Siempre es bonito que haya tropas: lo malo es que vengan chusmas como la de Rojas, repuso el párroco, porque entonces no sabe uno á qué horas lo sacarán de su casa para fusilarlo.

—En obsequio de la verdad, dijo Refugio con voz argentina, aquí han cometido muy pocos abusos los liberales y los conservadores que nos han visitado.

—Gracias á Adrián Canales que está listo á venir á cuidarnos con toda solicitud siempre que vienen tropas liberales, dijo el abogado.

—Y á Pedro Ordóñez, continuó don Simón, que hace lo mismo cuando vienen los conservadores.

—¿Decía usted, señor cura, que Miramón ha llegado á Guadalajara? preguntó el licenciado Quiñones.

—Sí, después de haber derrotado como siempre á Degollado en un punto del Interior, creo que cerca de Querétaro, que se llama Estancia de las Vacas.

—El pobre general Degollado forma á cada rato ejércitos con las partidas que otros levantan á fuerza de constancia y trabajos, y va y los entrega por mayor, dijo el boticario, no parece sino que está jugando á la guerra de entrego.

—Es natural que así suceda, dijo con tono reposado Quiñones, Miramón manda tropas veteranas, bien instruidas, bien armadas y bien disciplinadas, tiene además prestigio de general hábil y valiente, mientras que las que van con Degollado, ya van con la convicción de que han de perder, y luego los ejércitos de este último son improvisados con campesinos, no tienen buena oficialidad, ni buenas municiones de guerra. Mucho hace con estar presentando tan seguidas batallas sin elementos, lo cual prueba que es audaz y abunda en disposiciones. Lo único que le falta es la oportunidad para presentarse al frente del enemigo, con lo cual sacrifica vidas inutilmente.

Se oyeron en estos momentos pisadas de caballos, y como todo ruido en aquel pueblo silencioso causaba alarma, el cura dijo:

—¿Quiénes serán?

Refugio cambió de color, y sin ser dueño de contenerse corrió á la ventana, y luego que vió quiénes se habían apeado del caballo, informó á los de la sala diciéndoles:

—Es don Patricio con sus mozos.

—Mi hermano que llega de Guadalajara, exclamó Quiñones.

Efectivamente, don Patricio iba á la casa de su hermano; pero le dijeron que estaba de visita en la de la familia de don Simón, y prefirió ir á apearse allí para dar las noticias que llevaba de Guadalajara.

Después de saludar, produjo de un hilo la siguiente relación:

Como ya todos sabían, don Leonardo Márquez se había apoderado en Guadalajara de una conducta de seiscientos mil pesos, pertenecientes en su mayor parte á casas extranjeras; este abuso había indignado extraordinariamente al Presidente Miramón, quien le había ordenado que sin excusa ni pretexto devolviera los caudales, á cuya orden contestó Márquez con una nota muy insolente, publicando además un manifiesto en que dijo mil cosas para justificar el asalto á los fondos, y entre otras, estas palabras notables: «Privados mis oficiales de sus mezuquinos sueldos, con los piés descalzos, vestidos de harapos, sin mantas con que abrigarse en la fuerza de las lluvias, sujetos á un escaso rancho y sin socorros muchos días mis beneméritos soldados, más de una vez me han arrancado gritos de exasperación.»

Siguió refiriendo don Patricio que Márquez se quejaba de que los obispos, en vez de dinero no daban más que bendiciones, alegando que ya habían dado toda la plata de las iglesias y todo el numerario de que disponían, no quedándoles más que las casas, sobre las que nadie quería hacer negocios; que por lo mismo el Presidente se había apresurado á salir de México ordenando á Márquez que se le incorporara en el Bajío, orden que también desobedeció con frívolos pretextos; que entonces Miramón aventuró la acción sin tener suficientes fuerzas, y tuvo la fortuna de derrotar á Degollado en la Estancia de las Vacas; que luego tomó la diligencia, se vino á Guadalajara y sorprendió á Márquez, quien se quedó tamaño y casi sin habla, porque lo primero que hizo Miramón fué reprenderle sus desobediencias, tanto por no haber mandado

tropas al Bajío, como por no haber devuelto la conducta; que también le hizo cargo de que no hubiera protegido á Tepic y que todavía permitiera que se encontrara allí Coronado á sus anchas, lo mismo que Ogazón en Zacoalco, sin emprender las operaciones debidas; que como consecuencia de todo esto, le había dicho que quedaba preso bajo su palabra y que debía preparar su viaje para ir á la Capital á fin de que se le formara causa.

Los conservadores de Guadalajara que idolatran á Márquez, según se dice, porque se han comprendido y han acordado que la guerra debe ser de exterminio y no debe haber ninguna transacción con los liberales, ellos los más prominentes, habían aconsejado á Márquez que supuesto que él era el jefe de las tropas que había en Guadalajara, y era muy querido de ellas, no debía dejarse aprehender, pues que no era un muñeco sino un general ameritado, á quien no se debía tratar como lo estaba tratando Miramón, sino que era mejor que cambiara los papeles y que lo asegurara y lo sustituyera él en la Presidencia, á lo que estuvo á punto de acceder Márquez, si no fuera por temor á las responsabilidades, y que prefirió obedecer el mandato, en el cual se mantuvo firme Miramón á pesar de las representaciones que se le hicieron y de que todas las gentes le rogaron con las lágrimas en los ojos que no procesara á un general tan grande, que era, según se podía afirmar, la segunda espada de la reacción; que por fin había tenido Márquez que obedecer la orden de irse á presentar á México para que se le formara proceso, quedándose ahora Miramón en Guadalajara con el objeto seguro de arreglar una nueva expedición á Colima, pues se están embargando acémilas y cogiéndose gente

por los suburbios y por los ranchos, de tal manera que ya revientan los cuarteles.

Don Patricio respiró con fuerza y terminó diciendo:

—Estas eran las interesantes noticias que quería comunicar á ustedes y á mi hermano.

—Según eso, dijo el cura, va á pasar por aquí otra vez el general Miramón.

—Con todas sus tropas, sí, señor cura.

—Y yéndose Márquez, ¿quién se queda en Guadalajara de gobernador y comandante militar?

—Va á quedarse un general francés que se llama don Adrián Woll.

—¡Ah, sí! el general Woll que tanto hemos oído nombrar, dijo el abogado.

—¿Y en Guadalajara le han hecho festejos á Miramón? preguntó doña Juana.

—No hubo repique cuando llegó, ni Te Deum por la victoria que alcanzó en la Estancia de las Vacas. . . . dicen que están medio ladeados él y el clero.

—Pero por qué si siempre han estado á partir un piñón?

—Porque dicen que Miramón se ha hecho algo liberal, que no quiere á los mochos que son tan feroces como Márquez, y que por eso. . . .

—¿Qué está usted diciendo allí, don Patricio? preguntó el cura, ¿por qué llama usted mocho y feroz al señor general Márquez?

—No, si ya yo se que el señor general Márquez es muy buena persona, se apresuró á rectificar don Patricio, lo que hago es repetir lo que se platica en Guadalajara.

—Usted ha de haber platicado con los puros.

—Yo he hablado sólo con comerciantes y personas

de negocios, señor cura, las cuales, entre paréntesis diré á usted, que están renegando con tantos préstamos, con tantas contribuciones, y más que todo, con tan grande paralización de los negocios.

—¡Qué pueblo de la República no ha sufrido con esta guerra tan larga! murmuró don Simón.

—Pero más que todos, Jalisco, que ha tenido que estar manteniendo diez mil hombres durante dos años, dijo el abogado, cinco mil poco más ó menos en Guadalajara y otros cinco mil en los pueblos desde Zapotlán hasta Tepic.

—Y no sería tanto, si se les mantuviera ordenadamente, prosiguió don Patricio; pero para cada uno se hacen gastos como para cuatro.

—¿En qué consiste eso? preguntó doña Juana.

—Pues consiste en que todos piden préstamos, forrajes, reses, acémilas, armas, parque y cuanto se les ocurre; de modo que con lo que gastan los propietarios de haciendas y comercios en mantener diez mil hombres por ejemplo, se podrían mantener cuarenta ó cincuenta mil hombres con mucho desahogo, siempre que hubiera método.

Y como don Patricio estaba aún con las espuelas, el abogado consideró conveniente invitarlo á que tocan retirada y le dijo:

—Parece que están los caballos allá afuera ensillados; será bueno mandarlos desensillar y que nos vayamos nosotros á casa para que descanses del viaje.

Don Patricio aprobó la determinación y se despidieron ambos hermanos. Acto continuo se despidió también el cura diciendo á los que se quedaron:

—Estos Quiñones son muy buenas personas, es lástima que el licenciado sea tan *hachero*.

—Es una lástima, contestaron los allí presentes, menos el boticario que cambió una mirada rápida con Refugio.

Como toda la familia se fué á acompañar al cura á la puerta, se aprovechó el boticario para acercarse á Refugio y darle una carta.

—La recibí ahora en la mañana.

—Mil gracias, mil gracias, dijo ella poniéndose muy colorada luego que vió el sobre y guardándola en el bolsillo rápidamente.

A poco se despidieron las demás visitas, y Refugio quiso también retirarse, ansiosa de leer su carta, pero su padre la contuvo diciéndole:

—Espera un poco, hija, tu madre y yo queremos hablarte.

La joven pensó: «quieren volver á las andadas» y volvió á sentarse con aire resignado.

—Ahora que viene Miramón, pasará por aquí también Pedro que está con la guarnición de Guadalajara é insistirá en que se le dé la respuesta que tiene pedida, le dijo don Simón con tono resuelto.

—¿Sobre qué? preguntó ella candorosamente.

—Sobre sus pretensiones que cuentan ya, si no me equivoco, unos nueve meses. Ha pedido ya tu mano: nosotros, tu madre y yo, aprobamos el matrimonio y sólo esperamos que tú nos obedezcas.

—¿Tú también, mamá, tienes empeño en eso?

—Yo. . . . empeño. . . . lo que se llama empeño no lo tengo, dijo doña Juana con alguna timidez, lo que

digo es que me parece que Pedro es mejor partido que Adrián. . . . y que si tú quieres. . . .

—Ustedes los dos saben que yo no quiero á Pedro ni puedo quererlo.

—Pero nosotros tenemos mucho miedo á Adrián, que si no es un bandido anda con bandidos, y necesitamos ponerte bajo la custodia de un hombre fuerte que te defienda de sus acechanzas.

—Yo, si no me caso con Adrián, no me caso con nadie, dijo refugio con firmeza. Le he jurado no ser de otro mientras viva.

—Y nosotros hemos jurado que no te casarás con Adrián, dijo don Simón resueltamente.

—Quiere decir que con nadie me casaré.

—¿De manera que te rebelas contra nosotros?

—¡Oh, no! ni menos contra mi mamá que me ha dicho muchas veces que ella no quiere sacrificarme: usted, padre, es el único que está preocupado y me hace daño sin saberlo y sin quererlo, puesto que tiene tan buen corazón.

—Ello es que Adrián no tiene creencias religiosas, dijo don Simón por decir algo, pues sentía que le daba vergüenza su obstinación.

—Bueno, será así, aunque no lo creo; en todo caso como dice muy bien el licenciado Quiñones, ahora que estamos en guerra no se pueden tratar asuntos de matrimonio. Ustedes no tienen otra cosa que decir á Pedro, sino que es imposible que se case conmigo siendo militar.

—Es un militar de circunstancias.

—Lo mismo que Adrián; pero el caso es que no son libres, y menos Pedro que pertenece al ejército regular, como dice el licenciado Quiñones.

—Bien me acatarras con tu licenciado Quiñones.

—El caso es que si no fuera por sus buenos consejos. . . .

—Mira, dijo doña Juana á don Simón, viendo en el semblante de éste marcadas algunas vacilaciones; me parece que hay justicia en lo que dicen Refugio y el licenciado Quiñones. Mientras haya guerra, es una locura hablar de casamientos: ni siquiera los paisanos se casan, menos los que tienen las armas en la mano. Refugio está muy muchacha, tú estás fuerte, de modo que no puedes tener prisa en establecerla.

—Si no tengo prisa, lo que hay es que tengo ofrecido á Pedro darle ya una resolución para que se case cuando se pueda.

El resultado fué que don Simón casi quedó convencido de que había que esperar.

La carta que Refugio recibió de manos del boticario, era de Adrián, como se comprende. Cuando ya estuvo sola la leyó. He aquí el contenido:

« Estoy encargado de vigilar de cerca los movimientos del enemigo, de modo que me paso para los alrededores de Guadalajara sin tocar á Santa Ana, para que no se sepa que ando por aquí; pero á mi vuelta, aunque sea un minuto quiero verte, amor mío, pero no en tu casa, sino en la botica, para lo cual te avisaré, procurando que sea por la mañana. Te amo con toda mi alma. Hasta muy pronto. Tu Adrián. »

Refugio besó la carta y renovó su juramento.

—¡Tuya ó de nadie, Adrián!